

que en ello hubiese ficción, sin que quedase en aquellos corazones resto alguno de encono ni de enemistad, sino la dulce satisfacción de verse todos unidos como hermanos, como hijos de una misma patria, en cuya defensa y nada más debían empuñar las armas.

Diez eran los artículos que comprendía el convenio celebrado en Vergara. En el primero ofrecía Espartero proponer á las Cortes la concesión de los fueros de las provincias; en el segundo que se reconocieran los empleos, grados y condecoraciones de los individuos del ejército carlista que entraban en el convenio: hacíanse después extensivas estas gracias á los que no habían asistido al convenio y se acogieran á él después en el término de doce días; estipulábase en seguida que quedarían á disposición de Espartero los parques de artillería, maestranzas y depósitos de armas y municiones que existían en poder de los carlistas, con otros pactos relativos á los prisioneros.

Había quedado, sin embargo, respetable número de tropas aún obedientes á D. Carlos, y si éste hubiera sabido aprovecharse de tales elementos, si no hubiera podido abrigar esperanzas de triunfo, por lo ménos, tomando una actitud enérgica y digna, hubiera realizado una capitulación honrosa, sacando de ella grandes ventajas. Pero semejante resolución no era compatible con la debilidad de espíritu é ineptitud del Pretendiente; así es que cuando supo que se había verificado el convenio de Vergara, sólo pensó en buscar un puerto de salvación, se encaminó á Sanz, y acorralado en la villa de Bastan por Espartero, que avanzó con fuerzas imponentes, refugióse D. Carlos el día 10 de Setiembre en Elizondo, pasó el 13 á Urdax, y al siguiente día ya se hallaba en territorio francés, reducido á la triste condición de proscrito, y dejando abandonados á los que aún empuñaban las armas en su defensa. Siguiéron su ejemplo todos los que en aquel país permanecían fieles á D. Carlos, y habiendo pasado Espartero á Navarra, rendida el día 20 la ciudad de Estella, se sometieron también todas las fuerzas carlistas que existían en aquel territorio, quedando libres del terrible azote de la guerra todas las provincias del Norte, principal teatro de aquella lucha porfiada y fratricida, y foco poderoso de aquella espantosa hoguera.

Estos sucesos fueron celebrados en toda España con indecible júbilo. Todas las poblaciones se apresuraron á dar las mayores muestras de alegría con funciones de todos géneros y demostraciones de la más grande satisfacción. Motivo existía para tanto gozo. Aunque permanecían en Aragón y Cataluña fuerzas poderosas que proclamaban á D. Carlos, y sobre todo las temibles y bien organizadas huestes de Cabrera, bien se comprendía que no podrían sostenerse mucho tiempo, y que la causa del infante rebelde estaba ya muerta y la paz interior del Reino asegurada por consiguiente.